

# Imaginaciones territoriales, cuerpo y género. Dos escenas en la literatura argentina actual

DE LEONE, Lucía /IIEGE-UBA CONICET - lmdeleone@gmail.com

---

Tipo de trabajo: ponencia

---

» *Palabras claves: cuerpo- espacios rurales- literatura argentina actual- políticas de la vida- Samanta Schweblin*

## > **Resumen**

Desde el cambio de milenio y en el marco del denominado “giro espacial” en las ciencias Humanas y Sociales, se evidencia en distintas disciplinas y expresiones artísticas un sostenido interés por reconsiderar el espacio en contextos sociopolíticos, culturales y económicos de globalización, donde las correspondencias con el orden nacional son cada vez más difusas, en tanto el mercado, la institución omnipresente, desplazaría a los estados de sus antiguas funciones. Dentro de este vasto panorama, pretendo en este trabajo acotar esa densa reflexión contemporánea a los modos en que ciertas zonas de la literatura argentina actual establece nuevas conexiones entre la configuración de espacios rurales del presente con los procesos de representación y validación de los cuerpos. Campo y cuerpo, entonces, funcionarían como zonas de indagaciones éticas, políticas, y también de preocupaciones estéticas.

Me ocuparé en esta ponencia de analizar, en algunos cuentos de *Pájaros en la boca* de la escritora argentina actual Samanta Schweblin, las configuraciones y los usos diferenciales de los cuerpos en diferentes formas que asume el espacio rural, que se presenta impreciso, desdiferenciado, imaginado, extrapolado, y hasta anómalo al territorio nacional, donde se les los cuerpos aplican políticas de la vida y de la muerte.

## > **Presentación**

Desde el cambio de milenio y en el marco del denominado “giro espacial” en las ciencias Humanas y Sociales, se evidencia en distintas disciplinas y expresiones artísticas un sostenido interés por reconsiderar el espacio en contextos sociopolíticos, culturales y económicos de globalización, donde las correspondencias con el orden nacional son cada vez más difusas, en tanto el mercado, la institución omnipresente, desplazaría a los estados de sus antiguas funciones.

El mundo contemporáneo es el de la hiperconectividad teleinformática, las geopolíticas descentralizadas y nómades, las desorientaciones de género, las imaginaciones territoriales, el resquebrajamiento de los antiguos binarismos que fueron producto de proyectos civilizatorios y ordenadores de la Modernidad (público/ privado; centro/ periferia; nacional/ cosmopolita; urbano/ rural; naturaleza/ cultura; humano/ animal). Ese mundo donde las distancias terrestres son desmaterializadas y acortadas por la virtualización del cosmos global, y donde las formas de habitar los espacios y renegociar las identidades sobrepasan los “mapas- logotipo”, esos trazados científicos que surgieron en sintonía con la formación territorial e hicieron a la cristalización oficial de la imaginación geográfica argentina (Lois 2014).

Ahora bien, dentro de este vasto recuadro, en que el régimen posindustrial y el fluir global revelan nuevas reparticiones de espacios y distribuciones de significados, y establecen ordenamientos y rearticulaciones de cuerpos, sujetos, formas de vida, poblaciones, pretendo en este trabajo acotar esa densa reflexión contemporánea a los modos en que ciertas zonas de la literatura argentina actual establece nuevas conexiones entre la configuración de espacios rurales con los procesos de representación y validación de los cuerpos. Campo y cuerpo, entonces, funcionan como zonas de indagaciones éticas, políticas, y también de preocupaciones estéticas.

Al menos desde comienzos del nuevo siglo, la literatura y las artes argentinas muestran un interés renovado, progresivo, en temas y problemáticas rurales, que acaso se creían ya obsoletos. Pero ¿cómo aparece representado hoy ese espacio que cuenta con una imaginería y un capital simbólico codificados y que fue uno de los principales engendrados de relatos fundacionales, fábulas nacionales y ficciones identitarias?

Por otra parte, en sus estudios sobre cuerpo y feminismos, la filósofa chilena Alejandra Castillo (2015) identifica cómo en el giro biopolítico actual de las prácticas artísticas, el arte constituye, acaso como foco de resistencia ante las redes del poder neoliberal, las narrativas históricas del universal genérico y los órdenes codificados de opresión, tanto una interrogación constante sobre las formas del cuerpo, los presupuestos sobre la especificidad de “lo humano” y las fronteras entre lo vivo y lo muerto, como una puesta en escena de la precariedad de la propia vida.

En este trabajo propongo, entonces, examinar las configuraciones y los usos diferenciales de los cuerpos en espacios rurales imprecisos, desdiferenciados, imaginados, y hasta anómalos al territorio nacional, donde se les aplican a los cuerpos políticas de la vida y de la muerte. En otros trabajos me concentré en examinar algunas de estas cuestiones específicas en la novela *Distancia de rescate* de Samanta Schweblin; en sintonía con esos avances y como parte de una investigación mayor sobre los territorios rurales, en esta oportunidad me detendré en dos escenas que delimito dentro de una serie de cuentos de *Pájaros en la boca* de la escritora argentina actual.

## › **La planificación del destino**

Las formas políticas de configuración de los sujetos y el armado de nuevas alianzas entre seres humanos y sus otros, conforme a la administración de los cuerpos, el espacio y las vidas, aparecen como recurrencias en la producción de Samanta Schweblin. Su novela *Distancia de rescate* (2014) puede leerse como una ficción del campo agrotóxico del presente y de los efectos que las políticas de la muerte imponen sobre las superficies corporales; allí vemos cómo las biotecnologías de la producción agrocapitalista global están al servicio de una búsqueda y un distribución: la inmunidad para las semillas y las futuras cosechas, y la desprotección de las vidas humanas, que se intoxican, se deforman, se contaminan, se enferman, se desvinculan o se asocian en poblaciones de contagio, se mueren. En la novela se deja ver, entonces, el funcionamiento de las biotecnologías en tanto principio de selección y clasificación sobre qué vidas son las preservables y cuáles son las abandonadas, o directamente impulsadas a la muerte.

Bien, tanto la novela como los cuentos “En la estepa” y “Conservas”, sobre los que me concentraré en esta ocasión, entrecruzan formas del espacio rural, siempre indecisas en su delimitación y distópicas -el campo tóxico que mata, la estepa alejada e infecunda, el *jardín de la vida*- réplica de aire puro pero incrustado en la ciudad- con la representación de corporalidades y nuevas maternidades, alejadas estas de sus imaginarios arraigados, regulados tanto por una economía de los afectos (sintetizada en la incondicionalidad, la abnegación) como por protocolos de la ley natural sustentados en la confianza sobre el núcleo biológico de lo humano (la fórmula orgánica fecundación, reproducción biológica, alumbramiento).

### *Escena I. La fiesta del monstruo*

“En la estepa” está narrado por una primera persona femenina, Ana, que forma junto con Pol una comunidad amorosa donde rige el culto a la planificación. Instalados en la estepa su vida cotidiana está

acompañada por el ritmo de las listas y la dinámica de la repetición. La estepa aparece como una zona rural extraña, innominada, alejada de los poblados, no fácilmente ubicable en los mapas, con puntos de referencia difusos para su exacta localización. Es, además, un bioma extraño al territorio argentino, caracterizado por la aridez de los suelos, la única compañía de arbustos secos y la apariencia de un desierto frío.

En la rutina de la estepa nada se sale de lo apuntado: horarios, compras, prácticas; la única comunicación con el exterior coincide con los viajes de Pol al pueblo para entregar sus artículos sobre insectos e insecticidas a revistas del agro y proveerse de productos y alimentos.

De inmediato, esta trama que parecía sencilla se torna, como la misma protagonista, desesperada. A esa estepa, donde la vida sí que es difícil, sólo se va con un proyecto sustancial que avale el costo del aislamiento y de las leyes del lugar. En el marco de una estrecha fusión entre hábitat (aridez) y corporalidades (infertilidad), los personajes oponen sus resistencias a los que les tocó en el reparto de lo biológico, y producen una zona monstruosa por fuera de los dispositivos de sujeción y normalización, de los reconocimientos, las clasificaciones y las regulaciones médico-legales; y al hacerlo, inauguran un horizonte de politización en el límite de la propia vida.

En la unión amorosa de Ana y Pol, la búsqueda desenfadada por la fertilidad, que en primera instancia acaso vincularíamos con lograr un embarazo humano, va enriqueciendo el clima del relato mediante la práctica del ritual y un eficaz tratamiento del suspenso:

Oscurece tarde en la estepa, lo que no nos deja demasiado tiempo. Hay que tener todo preparado: las linternas, las redes. Pol limpia las cosas mientras espera a que se haga la hora. Eso de sacarles el polvo para ensuciarlas un segundo después le da cierta ritualidad al asunto, como si antes de empezar uno ya estuviera pensando en la forma de hacerlo cada vez mejor, revisando atentamente los últimos días para encontrar cualquier detalle que pueda corregirse, que nos lleve a ellos, o al menos a uno: el nuestro. (170).

Es la preparación de una cacería, que solo puede darse campo adentro, en determinados momentos de la noche y conforme a los formulismos de un plan amateur. ¿Pero a quién se sale a cazar de noche, equipados con redes, linternas, en mitad de ese campo frío, árido, desolado, según la reglas que estipulan un hombre y una mujer desesperados, tras el agotamiento de todas las recetas probadas para esa forma de la fertilidad?

La indistinción de “aquello” que hay que atrapar entre los arbustos de la estepa y antes del amanecer opera en diferentes niveles: en el de una superficie corporal que oscila entre lo humano, lo animal, lo no humano, que alcanza por momentos a Pol, el cazador que “se convierte en una especie de animal de caza”; en el de la dimensión que fusiona lo real con lo onírico como cuando Ana agotada, cabecea y sueña con cosas que le parecen fértiles; en el de la inscripción territorial: los de la estepa son “iguales a los de la ciudad, sólo que quizá más rústicos, más salvajes” (171); y en el del plano de la lengua que abunda en indeterminaciones gramaticales. Así como la fertilidad en tanto potencia aparece emplazada en sitios quiméricos, muchas veces no tangibles (en sueños, en planes) y es de orden conjetural (hipótesis y recetas), proliferan los pronombres indeterminados y las formas neutras (“ni uno ni otro”, según la procedencia latina de la expresión “ne uter, utra”) para referir al objeto de la caza y de las planificaciones de fecundidad: “nos pareció ver *algunos*”, “algunas veces conversamos sobre *esto*”. Un *eso*, entonces, una suerte de *IT*, tan esperado como sospechado, tan atrayente como feroz, al que no se le concede estatuto de sustancia (no es sustantivo, no ocurre como núcleo que subordina atributos en un contexto oracional) y hasta se lo elide sintácticamente, acarreado efectos en el orden del sentido, en la semántica: “Siempre me pregunté cómo eran realmente”.

Ahora bien, la espacialización formal, el corte temporal de la narración (“Ahora estoy sola, mirando la ruta desde la cocina”, p. 171) y la inserción de un cambio en la rutina acompañan el viraje que adopta la trama, una vez que todos los planes fracasan. Colapsadas las recetas, frustradas las prácticas para dar con esta extraña forma de la fertilidad, Pol y Ana apelan a un nuevo procedimiento: integrar nuevos modos del parentesco. Neoparentalismos sustentados en el contacto con “gente con quien compartir toda esta cosa” (p. 177), sostenidos en el contagio de un estado de las cosas y de los cuerpos con sus propios regímenes de significación. Es decir, intimar con otros que también fueron a esas tierras “por lo mismo” y lograron el cometido: cazar un “eso” y esconderlo en casa.

La adquisición de estos *indeterminados* sólo puede concretarse en circuitos al margen de la legalidad, en funcionamiento comunitario e inscriptos en logias cerradas, fraternales, masónicas. Y, quienes accedan a ellos tendrán que transgredir no sólo la ley de los hombres (la que prohíba convivir con los secuestrados de la

estepa) sino también la normativa biológica (que los ubique en un más allá o un más acá de lo humano) para la conformación de nuevos agenciamientos, que son territoriales en primer orden (y aquí se emplazan en espacios rurales inubicables) y tienen un devenir, por caso, hallable en otras formas de circulación de los afectos. Si hoy habría, como propuso Gabriel Giorgi (2014) nuevas proximidades entre cuerpo humano y vida animal, entendida esta ya no como forma definida, reconocible y ubicable según sentidos normativos y lugares culturalmente preasignados sino como “umbral de indistinción”, podríamos considerar, en su misma línea de lectura, a esos otros, sin nominación ni estatuto aún, en términos de un continuum orgánico, afectivo, material, político con lo humano que podrían diseñar en un futuro nuevas “gramáticas de lo visible”.

La otra pareja, de nombres y costumbres raras que habitan en la estepa, son Arnol y Noel; y, los invitan a una cena, que más que funcionar como excusa para conocer al “bebé” ya en casa, intercambiar experiencias comunes y adquirir entrenamiento en el arte de conseguir *esos*, deviene una *fiesta del monstruo*.

La comida que antecede al momento dispuesto por los flamantes cofrades para mostrarles “eso” es un ritual más, casi un bautismo de su nueva adquisición; no obstante el plan está otra vez destinado al fracaso. La eterna sobremesa, basada más en sobrevivir a la violencia de la abundancia y a las técnicas caseras de disciplinamiento que en una charla armoniosa, constituye para los invitados una prueba más: después de exuberantes platos (la carne jugosa, el postre esponjoso, el café), le llega el turno a la espera más extrema que se acumula de incertidumbres:

Quiero preguntar cosas, ya mismo: cómo lo agarraron, cómo es, cómo se llama, si come bien, si ya lo vio un médico, si es tan bonito como los de la ciudad. Pero la conversación se alarga en puntos tontos (...) Arnol se ríe, pero en vez de contestar ubica la fuente en la mesa y pregunta a quién le gusta la carne roja y a quién más cocida y enseguida estamos comiendo otra vez (pp.174-175).

Toda la escena previa al descubrimiento del *it* está atravesada por la retórica *planeta bebé* que Ana despliega en una charla privada con su congénere; interesa si *eso* es lindo, si duerme todo el día, si come bien, si lo dejan solo, si sonrío, si ya lo vio un médico. Este *rancho aparte* de las mujeres podría operar como remedo de los cada vez más practicados *baby showers*, esas preparatorias que celebran la inminente llegada del bebé, donde prima la complicidad entre pares y se acopian regalos antes pautados para el armado equilibrado del nido. Allí se traen a cuenta, como ocurrencia graciosa, detalles sobre las cacerías del IT y los instrumentos utilizados, como si se trataran de humoradas sobre las inseminaciones o el acto sexual en días fértiles (la toma de temperatura, el conteo de días según el ciclo menstrual, las posiciones recomendadas para quedar, la elección de los días previos o posteriores al 14 para que sea nene y nena):

-¿Y las salidas? ¿Las cacerías nocturnas?- digo riéndome. ¿Los guantes, las mochilas?

-Nabel se queda un segundo en silencio, sorprendida, y después se echa a reír conmigo.

-¡Y las linternas!- dice ella y se agarra la panza-, ¡con esas pilas que no duran nada!

Y yo, casi llorando:

-¡Y las redes! ¡La red de Pol!

-¡Y la de Arnol!- dice ella- ¡No puedo explicarte! (...)

-Y la escopeta- vuelve a golpear la mesa-, ¡por Dios, Arnol! ¡Si sólo dejaras de disparar! Lo hubiéramos encontrado mucho más rápido... (p.176).

Pero la gracia declina, y ante la dilación constante que es norma de la casa donde se cena infinitamente, se impone la ruta del desvío. La única opción de concretar las ansias escópicas sobre el *it* (tan solo verlo, aunque más no sea de soslayo) es descarriar: no sólo osar dejar la *mesa-imán* para ir al baño, como hace Pol, sino redireccionar los pasos desde la derecha, donde está el baño, hacia la izquierda –la izquierda donde se ve la habitación del hijo, del *it*. Pese al desvío -de la norma y del camino- no se sabe qué pasó, qué se vio en ese instante en que Pol finalmente se enfrenta a *eso*. La develación que se pretendía visual aparece revestida por la contaminación auditiva: caídas, gritos, muebles corridos, cuerpos embestidos, ruidos de bala. Vuelve a escena la escopeta a la casa, usada antes en la escena de la caza como elemento de resolución por antonomasia, que, sin embargo, ahora nada resuelve.

La finalización del cuento es elipsis y puro desconcierto, después del episodio Pol y Ana huyen desesperados de allí (la desesperación es leitmotiv en estas subjetividades en tránsito); se desvían de la ruta que los llevaría a la casa en la estepa hacia quién sabe dónde ni por qué (¿vuelven a la ciudad también

infecunda?, ¿lo que vieron es más de lo humanamente tolerable?), en una escena cinematográfica de escape final, tan vertiginoso como efectista.

El espacio interviene en los procesos de inscripción y sujeción de los cuerpos, entendidos como instanciación del ser viviente (Giorgi y Rodríguez, 2009:10); y así los reconoce como sujetos de derecho o los proscribire al dominio de lo desechable. O, como en este caso y en su versión rural e infecunda, al de la clandestinidad y ausencia de reconocimiento nominal y político respecto de esos otros que están, justamente, en un límite siempre inestable con la vida humana.

## *Escena II. La vida en un frasquito*

Si la trama del cuento anterior se fundaba en la búsqueda desesperada y el afán por agregar y extender el tiempo por medio de alguna forma de la trascendencia de la dupla familiar, “Conservas” se perfila como su contracara: el relato despliega pura postergación y planificación del futuro a través de la intervención sobre el ciclo natural de un embarazo y la batalla contra los parámetros convencionales de medición de la temporalidad. Nuevamente, aparece problematizada la maternidad, alejada de sus mitos benévolos y entendida como un accidente que viene a importunar los planes de una pareja heterosexual caracterizada, como la del cuento anterior, por su ambición calculística: “Pasa una semana, un mes, y vamos haciéndonos la idea de que Teresita se adelantará a nuestros planes. Voy a tener que renunciar a la beca de estudios porque dentro de unos meses ya no va a ser fácil seguir” (p.33)

Descomponiendo el tiempo en unidades de medición propias de la gestación (semanas y meses), las preocupaciones de la narradora retoman debates clásicos del feminismo -desde Virginia Woolf, Simone De Beauvoir hasta Margarite Duras y Úrsula K. Le Guin por tomar algunos emergentes- como la ecuación disyuntiva *libros-hijos* que exigiría una elección sin escalas de grises: *o libros o bebés*, como si la escritura y la maternidad fueran tareas contrarias o mutuamente excluyentes.

La maternidad, concebida en estrecha relación con el estado de gravidez, posee efectos perjudiciales en las experiencias de la mujer y en las conductas del varón, y genera reacciones de resignación y automatismo en los futuros abuelos, que acarician la panza, hacen regalos, están al pendiente. La fórmula parecería querer decir *a mayor avance del embarazo, menos empatía entre los progenitores*, y se desvirtuaría la imagen de la dulce espera con madre y padre simbióticos (mismos dolores, mismos antojos) hacia una sintomatología del rechazo y la incomodidad. Mientras la protagonista se transforma en un cúmulo de insomnio, blanqueo mental y confusión, cuyo cuerpo se muestra tan poco hospitalario con el feto como con la anatomía y emociones nuevas, Manuel, su pareja, adopta un juego de distancias y descuidos que se expresa mediante sucesivas llegadas tardes, mudez, falta de interés y apatía.

¿Qué hacer, entonces, con un embarazo que se adelanta, que llega justo entonces cuando los proyectos iban en otra dirección? El procedimiento de develación es similar al del cuento anterior, aun cuando la decisión ya esté tomada se procede por dilación de la intriga y por desvío.

En primer lugar, se produce una nivelación de la posible detención del nacimiento con hechos de la vida cotidiana: ¿cómo es posible que en el mundo de hoy, que hace viable alquilar un coche en un país y devolverlo en otro, descongelar del freezer un pollo, acopiar latas con animales muertos adentro para comer o pagar las cuentas por internet, sea tan difícil alterar la organización de los hechos! ¿Cómo entender que ocurran actos antes inconcebibles -que incluso pecarían de rareza, maravilla, abyección- y cuenten con protocolos legales y bromatológicos, y que sea tan difícil modificar un hecho “trivial” en el orden de los días! Pese a la virtud dilatoria de la trama, conocemos lo que se quiere alterar: el tiempo de llegada de un feto en crecimiento, sobre el que ya inciden dispositivos de fijación de la identidad, como el nombre propio (Teresita, en diminutivo, con reminiscencias cristianas) y la asignación biopolítica de una sexualidad predeterminada (es nena).

La decisión tomada para no entorpecer sus proyectos con la anticipación de Teresita es desestructurar la temporalidad humana y rebobinar la gestación, un procedimiento que no lastimará ni provocará la muerte del feto. No se opta por una interrupción voluntaria del embarazo (el aborto no está en sus planes) sino que se arriesgan a una suspensión temporal del ciclo vital hasta el momento justo: “Es la oportunidad -dice la narradora- de seguir en continuado” (p.40). Ahora bien, para ello es necesario aplicar el desvío, correrse de la prescriptiva de los saberes médicos, sus clasificaciones, sus legalidades, y buscar otras alternativas que consientan el derecho autoimpuesto de intervención y decisión sobre el *hacer vivir*: después de obstetras, curanderos, comadronas, chamanes, que les dan respuestas “perversas” o “conformistas”,

encuentran a un tal Weisman, un austero doctor que no figura en las obras sociales, no tiene secretaria en su consultorio, y que analiza el perfil de la pareja mediante preguntas inusuales a la consulta médica. El tratamiento presentado es a puro cálculo: hay que hacer listas, hay que escribir actas punto por punto, hay que establecer pautas. Pero eso no es todo. Tendrán que volverse competentes en el consumo del *healthism*: administrar apropiadamente el imperativo de la salud constituye un capital valioso para lograr una alimentación, una respiración, una relajación, una sociabilidad y conductas, tan saludables como rentables.

De este modo, los personajes del cuento de Schweblin ejecutan lo que Paula Sibila (2013) identifica como tendencias del nuevo régimen de poder en tiempos de la postorganicidad y el postindustrialismo: de la antigua vigilancia disciplinadora se pasa a una autovigilancia privada: “no podemos arriesgarnos a salirnos ni un segundo del guión”, dice la narradora. Se desechan las tecnologías médicas de normalización respectivas al cuerpo de la embarazada y parturienta, y se opta por el manejo de los propios riesgos, mediante los cuales los individuos se convierten en gestores de sí mismos, sujetos que planifican sus vidas como un empresario delinea las estrategias de sus negocios, evaluando riesgos, costos y beneficios, y haciendo inversiones convenientes: “¿Y qué seguridad tenemos con este tratamiento?”.

Precisamente, el plan para retroceder el ciclo embrionario no sólo se describe como un experimento *self service* sino como un trabajo. Por un lado, en tanto experimental, el procedimiento se describe con recursos de la investigación en ciencias duras. La llegada y retención del bebé se expulsan del terreno de lo puramente afectivo (no quedan restos melancólicos, sólo menores señales culposas) y se los recoloca en un orden discursivo pretendidamente neutral: se plantean objetivos (“sólo un velo me separa de mi objetivo”) y metodologías para la reversión de Teresita, que iría en sentido inverso al caso Benjamin Button, de la película homónima, que nace viejo y a medida que crece rejuvenece. La técnica para dar vuelta atrás a Teresita consiste en ingesta de pastillas, desafectivización mediante la graduación de la presencia, el cuidado y las caricias de Manuel, y en deshilar la trama de preparación del nido: en una especie de *baby shower* también al revés, los familiares se reúnen en la casa para llevarse los regalos que le habían hecho a la futura beba, envueltos en los mismos papeles en que venían.

Como se anticipó, se utiliza una retórica proveniente del mundo del trabajo donde imperan la eficiencia, la eficacia, la infalibilidad, el aprovechamiento máximo del tiempo que incide en el desarrollo de nuevas artes amatorias afines a esas urgencias. La lógica de la empresa, entonces, aparece como operador fundamental en la construcción biopolítica de los cuerpos, las formas de vida, y colonizando espacios de la intimidad: la pareja, la casa, el vientre, hasta el freezer del hogar.

¿Cuál es el objetivo del tratamiento? Detener la evolución del embrión, pero no para provocarle la muerte, antes bien para restar tiempo de crecimiento, para volver atrás hasta un estadio vital proclive a la expulsión fuera del vientre, a una suspensión autodirigida del tiempo y de la vida. Si para que crezca un niño en la panza de la madre que tiene algún tipo de retardo madurativo se le indican corticoides y reposo de lado izquierdo de modo que el flujo estimule la alimentación, para que se produzca el movimiento contrario hay que redireccionar y graduar las energías con técnicas de relajación y “respiración consciente” en espacios verdes.

A partir de la puesta en marcha de las tecnologías de la perdurabilidad y la conservación -tecnologías de la inmortalidad que se apropian ilimitadamente de lo vivo- el paso del tiempo empieza a contabilizarse en días y se produce un retorno a lo primitivo, a los elementos naturales (el agua, el aire, la tierra), en ambientes rurales incrustados en mitad de la ciudad, como el jardín réplica de *airepurismo* donde la protagonista se contacta con “el vientre húmedo de la tierra” y su cuerpo “siente la humedad de la tierra y la energía que lo envuelve” y alcanza “la sensación purificadora, rejuvenecedora, como si el agua o el aire volvieran por sí mismos al sitio en el que alguna vez estuvieron escondidos” (p. 41).

Como si tratara de un parto programado, una vez que la narradora supera el máximo nivel en el tratamiento, llega el día señalado, el que estaba rodeado en rojo en el almanaque de la casa. Mientras Manuel camina nervioso, ella ingresa en estado de preparación, aislada en una de las habitaciones. Esta suerte de parto invertido ocurrirá en la casa; la práctica antigua de nacer en la casa fue reeditada en los últimos tiempos en parte como supuesta alternativa natural ante la medicalización extrema, el poder médico, la violencia obstétrica y las terapias químicas del dolor: el lema es parir de parada o en cuclillas, con dolor, en la propia casa y con compañía de seres elegidos (pero con ambulancia en la puerta). La sintomatología de la narradora es tan similar a la del primer trimestre del embarazo como a la previa del parto: náuseas, adormecimiento, contracciones, mareos, temor a la muerte. Frente a la planificación estricta, a la pretensión de dominio total sobre la vida humana, se impone una resistencia de lo orgánico, una perseverancia vital de lo vivo, que aquí,

aunque dure poco, se expresa en ese cuerpo fuera de sí, tembloroso, que se escapa por instantes del control de la protagonista esa gran planificadora.

A partir de entonces se narra la escena de expulsión del embrión mediante la imaginería del parto natural: las arcadas como contracciones cada vez más violentas, la apertura de la garganta como si fuera un canal de parto desviado (del útero y la vagina a la boca), y la “sensación inconfundible” de una madre al ver y sentir su *creación*, que pasará al cofre de los tesoros para siempre. Eso (reaparece el indeterminado, el IT), tan pequeño y frágil, que la protagonista escupe suavemente de su boca, se acomoda en un frasco aséptico, sellado –una suerte de miniaturización del quirófano- donde se guarda el embrión para ser criogenizado en el propio freezer de la casa “hasta el momento indicado”.

Su plan incluye, así, una reconfiguración de lo vivo mediante la congelación artesanal, doméstica y caprichosa de embriones, para la que no se utiliza instrumental informático ni se accede al asesoramiento, a la regulación e intervención de instituciones (bancos de datos genéticos, asociaciones conservadoras, muchos menos el Estado o la iglesia). Con todo, no es una experiencia alineable con las técnicas de fertilización asistida o de conservación de óvulos sobre las que un arsenal legislativo y biomédico ejecuta sus prácticas correctivas y de preservación, como cuando una mujer enferma requiere de terapias químicas y de radiación que pueden resultar ofensivas o teratológicas para un futuro bebé, o cuando la reserva ovárica está disminuida.

La paradoja interesante que trae este relato es la ambivalencia entre salir de la lógica del biopoder o reproducirla; en tanto intento de suspender el ciclo vital del embarazo habría un gesto de potencia liberadora pero la metodología del cálculo y la especulación hacen a una ordenación de la vida según la lógica de productividad, funcional a intereses de sistemas capitalistas normativos.

¿Dónde y cuándo comienza la vida humana? ¿Cuándo decretar la muerte? Son fundamentos que la ciencia, la religión, el biopoder se disputan desde siempre, y hoy más que nunca con la implementación de las tecnologías de la inmortalidad, entre las que se ubica la criogenética. En este cuento la resolución se *hace en casa*, con el asesoramiento de un seudo especialista que actúa con lógicas alternativas a las del saber científico-farmacológico, en el marco de circuitos no institucionales y depositando la confianza de la terapéutica en réplicas urbanas de ambientaciones campestres que habiliten el contacto con lo natural. Pese a desconocer los resultados finales, claramente el *jardín de la vida* de “Conservas” se acerca más a la estepa dotada de miembros que puedan integrarse en nuevos agenciamientos y formar a futuro nuevas poblaciones más allá de lo humano; y ambos espacios rurales se contraponen, sin dudas, al *campo que mata* de *Distancia de rescate*.

En definitiva, aquí interesó explorar vinculaciones entre espacios rurales y cuerpos según las configuraciones de mundos e imaginaciones, de los que la literatura actual no es en ningún sentido ajena, que vienen despertando muchos de los debates de la coyuntura sociopolítica y cultural: desde leyes o proyectos de leyes -fertilización asistida, nuevas formaciones familiares, aborto, adopción, crioconservación- hasta las ambiciones y el impacto político, ético y religioso-moral de las nuevas ciencias de la vida que ponen en constante crisis los límites entre lo humano y sus otros (llámese animalidad, inhumanidad, poshumanidad). A su vez el espacio rural -polisémico y más cercano a las agendas del presente que saldando cuentas pendientes con el pasado, se presenta hoy como un material emergente que aloja un sinnúmero de las preocupaciones políticas y estéticas de la producción simbólica contemporánea.

## Bibliografía

Braidotti, R. (2015), *Lo posthumano*, Barcelona, Gedisa.

Castillo, A. (2015), *Imagen, cuerpo*, Buenos Aires, La Cebra/ Palinodia.

Citro S. y otros, *Cuerpos y corporalidades en las culturas de las Américas*, Buenos Aires, Biblos, 2

De Leone, L. “Campos que matan. Espacios, tiempos y narración en *Distancia de rescate* de Samanta Schweblin” en dossier «Más allá del mapa. Imaginarios del espacio abierto en la cultura contemporánea», correspondiente al Nº16 de 452ºF. *Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, Universitat de Barcelona, España, 2016, 62-76. ISSN-e: 2013-3294.<http://revistes.ub.edu/index.php/452f/article/view/16250>

- Demaría, L. (2014), *Buenos Aires y las provincias. Relatos para desamar*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Foucault, M. (2010). *Los anormales. Curso en el Collège de France*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_ (2007), *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France: 1978-1979*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Giorgi, G. (2014). *Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítica*. Bs. As., Eterna Cadencia.
- Giorgi, G. y Rodríguez, F. (comp.) (2009), *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, Buenos Aires, Paidós.
- Lois, C. (2014), *Mapas para la nación. Episodios en la historia de la cartografía argentina*, Buenos Aires, Biblos.
- Ludmer, J. (2010), *Aquí América latina*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- Schweblin, Samanta (2014), *Distancia de rescate*, Buenos Aires, Random House.
- \_\_\_\_ (2012), *Pájaros en la boca* (2009), Buenos Aires, Emecé.
- Sibilia, P. (2009), *El hombre postorgánico. Cuerpos, subjetividades y tecnologías digitales*. Buenos Aires, FCE.